



UN TIPO



Antonio Malpica
Francesco Grimalt

POLVO

loqueleg[®]

loqueleg

POLVO

D. R. © del texto: Antonio Malpica, 2021

D. R. © de las ilustraciones: Francesc Grimalt, 2021

D. R. © Editorial Santillana, S. A. de C.V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-607-01-4838-5

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



Esta novela fue escrita gracias al apoyo otorgado por una beca del SNCA.

*Para Paco Haghenbeck, mi amigo,
quien amaba Planeta Tierra*

Noventa y tres punto siete por ciento.
Y antes de las dieciocho treinta.
“Complacidos”.

Miró a su alrededor. Siete a su derecha. Cuatro a su izquierda. Veintidós adelante. Cuatro atrás.

Casi todas las bandas generadoras, ocupadas. Y ella, a punto de completar su segunda cuota del día.

“Complacidos”, volvió a decir la voz de Silver en su cabeza.

“Gracias”, pensó ella.

“De nada”, añadió Silver.

Siguió caminando al mismo ritmo que había mantenido desde su último descanso. Apoyada en el barandal, solía fijar la mirada en la barra de avance en la pantalla frente a sus ojos para no perderse en sus pensamientos. Sobre todo cuando Silver dormía o no tenía tema de conversación.

En esta ocasión lamentó un poco estar tan cerca de terminar esa jornada, porque al parecer Silver se sentía con ánimos de hablarle.

“Cuéntame algo, amigo mío”, dijo ella sin mover los labios.

“¿Cómo qué?”

“Alguno de tus cuentos impresionantes”.

“Pero ya casi terminas”.

“No importa”.

“Mejor cuando vuelvas a casa”.

Noventa y cinco punto ocho, mostró la barra de avance. Y Lavinia prefirió conceder con Silver. Hizo el esfuerzo de recordar si alguna vez había discutido con él.

10 Está bien, admitió ella en su interior, dándole claridad al pensamiento para que Silver lo capturara. Y siguió caminando, sin perder el paso.

Fijó ahora la vista en una de las alargadas lámparas que, desde el techo de la saltrib, a unos veinte metros del suelo, alumbraban el recinto de trescientas bandas generadoras individuales, ocupadas en su mayoría. Había oído que era una de las salas más grandes de todo Gabaón. Pero igualmente había escuchado muchas otras cosas que eran también inverificables. Como que el mundo era infinito. O que en algún lugar remoto había extensiones inmensas de agua. O que el rostro de un lorken es lo más espantoso que pueda ver un ser humano.

Noventa y siete punto cuatro.

Detuvo la mirada ahora en la espalda del hombre frente a ella, en su matrícula tatuada en la parte baja de la nuca. ¿Cuántas cuotas pesarían sobre él? Al menos la suya. Y la de su esposa, tal vez. Las fracciones correspondientes a las de sus hijos, si eran pequeños. O quizá simplemente fuera un hombre solo y

acumulaba todas sus reservas para sí mismo. A Lavinia le gustaba imaginar las historias de aquellos que la rodeaban durante las ocho horas de tributación diaria. Un hombre con el cráneo irregular. Una mujer con una cicatriz en el cuello. Tres muchachos adolescentes. Cada uno, una historia. Cada uno, una vida. Cada uno, una banda generadora 3201 de energía interminable. A algunos los conocía de vista; a otros, muy pocos, de nombre. Y aunque no había querido consentir mucho ese pensamiento por miedo a que Silver lo detectara, ese día estaba especialmente alerta, pues no le cabía duda de haber percibido, en el sueño de su cuadrúpedo amigo, una señal. La señal de que algo importante se avecinaba.

Noventa y ocho punto ocho.

No era algo muy frecuente, pero, cuando ocurría, era toda una certeza. Como aquella vez que recibió su primer beso. O como aquella otra que su matrícula salió premiada y obtuvo una reserva de ocho cuotas gratis. Ambas veces lo percibió durante el sueño de Silver como una inexplicable sensación de júbilo. Y al inicio de esa jornada, lo mismo. Antes de abandonar su celda, mientras Silver dormía, lo advirtió en su interior. Así que se puso alerta.

Se fijó en todas las personas que pudo. En los guardias. En las bandas. En los ventiladores. En la rugosa superficie plastificada de la caverna.

Nada.

Nada parecía revelarle el porqué de esa sensación de buenas noticias.

Noventa y nueve punto nueve.

Unos pasos más. Unos cuantos pasos más.

Uno... dos... uno... dos... uno...

Cien por ciento. Detuvo su andar y tocó la pantalla del aparato con la mano extendida. Al instante se verificó su matrícula a partir del ADN y apareció su identificación en la pantalla. Su in-

ventario de tres reservas. Tecléo la matrícula de su abuelo y le abonó esa segunda cuota trabajada durante el día. Sabía que, con esa última cuota, el abuelo tenía al menos diecisiete en su depósito, lo cual significaba que podía vivir diecisiete jornadas, cuando menos, sin aportar cuota alguna. Toda una tranquilidad. Ella, por el contrario, sólo tenía tres jornadas de gracia en caso de caer enferma o algo así, pero no le preocupaba demasiado. En sus cinco y media miliaadas de vida sólo se había enfermado cuatro veces y ninguna la había obligado a convalecer.

Advirtió en la pantalla cómo la cuota de cien por ciento se fragmentaba en ochenta para sobrevivencia, quince para el impuesto de la localidad y cinco para los gastos personales. Tomó de su ración de agua y se dispuso a abandonar la saltrib. Caminó por el pasillo, entre el zumbido multiplicado de todas las máquinas acumulando cuotas de energía, el picante aroma a sudor, los rostros de cansancio y resignación.

12

“Silver, ¿estás ahí?”, pensó.

No obtuvo respuesta.

Decidió que pasaría a la ducha comunal esta vez, aunque tuviera que pagar por el servicio, empujada por la necesidad de extender un poco más la jornada. Acaso esa buena noticia estuviera en la ducha.

Se formó en la fila, únicamente de siete mujeres. Miró el reloj suspendido en lo alto de la saltrib. Dieciocho horas veintiocho minutos. Nada mal. Podría pasar al café 3 a jugar apuestas o a tomar algo. ¿Acaso ahí se incubaría ese posible acontecimiento que se avecinaba?

En cuanto traspasó la puerta, puso la mano sobre la pantalla y se descontó el pago de su matrícula. Un minuto de aspersion. Se sentó en la antesala, una plataforma metálica en donde todas las tributantes se desnudaban, ponían su gris uniforme en gavetas y pasaban a la regadera. La

conversación no fluía porque el cansancio era más pesado recién terminada la jornada, así que ninguna se molestaba en hacer contacto visual o hacer comentarios insulsos.

Lavinia entró a su ducha, un cuarto minúsculo sin iluminación y presionó el botón rojo frente a ella antes de cerrar la puerta y quedar completamente a oscuras.

Quince segundos de agua a presión proveniente de distintos puntos. Jabón en la cabeza, carente por completo de cabello. Quince segundos para frotarse y treinta segundos más de agua para enjuagarse. Recogió su ropa de la misma gaveta donde había sido ventilada y rociada con un poco de aromatizante, lo que hacía disminuir el fuerte aroma del sudor, pero no mucho.

La fila de mujeres uniformadas, listas para abandonar la saltrib, volvió a conformarse. Y Lavinia se dio licencia de mirar con detenimiento a sus compañeras, tratando de dar con alguna razón para explicar ese sentimiento de estar en la víspera de algo importante.

No le fue posible.

La contemplación de un lorken, en su traje negro metálico de casi tres metros de alto, le infundió miedo. No era común verlos en la calle. No era común verlos, de hecho. Casi no descendían a Gabaón. Pero lo hacían. Y que uno de ellos hubiese bajado justamente en un día como ése, le pareció de mal agüero. Con todo, Lavinia no se amedrentó. En realidad descendían siempre a tener tratos con el gobierno de la célula o a labores de inspección menor, nunca a causar daño a sus súbditos. Para eso tenían al roquod.

El lorken siguió su camino, girando a ambos lados el casco que ocultaba su inmundo rostro, y se perdió por la calle. Lavinia fue la única que le prestó atención; ninguno de los que salían de la saltrib le obsequió siquiera una mirada. Aunque no era común verlos, también es cierto que nunca se metían con nadie. Pero siempre iban armados. Siempre infundían temor.

Lavinia se detuvo unos instantes a atarse las botas. Se irguió pensando si habría algo que debiera hacer para darle razón a ese sentimiento incipiente de esperanza. Miró hacia el frente, a la gente yendo y viniendo por la calle, que en realidad, como todo en Gabaón, no era sino un enorme túnel con lámparas y ventiladores. Esa calle era la número cero, la principal, donde se encontraban la saltrib, el estadio y la casa de gobierno. Las que corrían de este a oeste llevaban números pares; las que iban de norte a sur, números impares. El oeste y el norte se identificaban con el color negro; el este y el sur, con el color blanco. Esa célula, la 1295 en Gabaón, iba de la calle ciento diecinueve blanco a la calle ciento diecisiete negro; y de la calle ochenta y dos blanco a la ochenta negro.

14

Lavinia vivía al suroeste, en la calle cuatro blanco, casi esquina con la once negro, bastante cerca del centro, lo cual era una ventaja, pues estaba muy próxima a la saltrib principal de la célula y no tenía que recorrer una gran distancia para tributar. Siempre supo que tal suerte se debía a la amistad de su abuelo con el gobernador, pero nunca se sintió mal por ello. “A cada quien le toca lo que le toca”, pensaba.

Mientras andaba por la calle cero, pensó si valdría la pena entrar a algún café y husmear el ambiente. En esa célula había veinticinco saltribs, dieciocho cafés, ocho templos religiosos, un estadio, una prisión y cuarenta centros de abastecimiento. Todo su mundo. A sus cinco mil y media (es decir, más de cinco mil y media jornadas de vida), todo su mundo. Jamás había salido de la célula.

—¿Estás buscando meterte en problemas, chiquilla?

Lavinia giró el cuello. A su lado, Erin, un guardia que le había hecho pasar muy malos ratos en los tiempos en que hizo vida de pandilla. Él mismo la había golpeado varias veces con la porra que llevaba en las manos.

—Exacto. Pienso tomar con mis amigos la casa de gobierno.

—Me gustaría ver que lo intentaras —dijo el hombre, de unas doce miliadas, con uniforme azul y mirada penetrante.

—Pues no me pierdas de vista. En cualquier momento empieza el pánico.

—Ándate con cuidado, chiquilla. Aún recuerdo el ruido que hacen tus huesos al crujir.

Lavinia, por respuesta, siguió su camino. En el fondo detestaba a todos los que formaban parte del aparato de gobierno y se beneficiaban de las cuotas aportadas por los tributantes. Los llamaban “lacras”. Ninguno de ellos se paraba jamás en una 3201. Ninguno de ellos temía jamás la visita del roquod. Y todo lo que hacían era administrar y ajusticiar, administrar los bienes que venían del exterior y ajusticiar a los revoltosos, que si lo sabría ella.

Llegó a la esquina de la cero con la once y giró. Un par de muchachos casi la golpea, pasando a toda velocidad. Chicos de tres miliadas a los que aún sus padres protegían. Recordó que ella, al carecer de padres, había tenido que tributar desde las dos miliadas y media. Con todo, no traía a su mente esos tiempos con rencor, pues fueron épocas más o menos felices, en las que conseguía su cuota infantil y se iba a jugar con sus amigos. Además, su abuelo aún poseía en ese entonces la gracia concedida por el gobierno para no tributar por su avanzada edad. Lamentablemente, luego Lavinia se metió en problemas y el abuelo perdió esa gracia, entonces ahora tenía que trabajar por ambos. De cualquier modo, no le molestaba. Ahora vivía manteniendo la cabeza baja y los ojos y los oídos bien abiertos.

Caminó por las oscuras calles en una zona en la que se veía poca gente afuera de sus celdas, pues no había sitios de reunión en la cercanía. Un hombre había sacado su silla al exterior y se mordía las uñas en silencio; no reparó en ella. Dos niños jugaban con montoncitos de tierra en la

plataforma que formaba el camino interminable de calles; empujaban un yajid con la mano. En Gabaón todo era esa plataforma plastificada, las rugosas paredes de tierra, cubiertas de una fuerte película transparente que impedía los deslaves y derrumbes, los cientos y cientos de celdas que en realidad eran barracas negras de veinte metros cuadrados, el aroma a humedad permanente, las lámparas y los ventiladores.

—Chicos... —dijo Lavinia al pasar junto a los niños, a quienes conocía de vista.

Ellos siguieron jugando con esa tierra que se hallaba en todos lados, incluso en la comida. Con el yajid que, acorralado, buscaba alguna salida.

Lavinia continuó su camino con paso lento. Estaba cansada, como todas las jornadas, pero no se resignaba a dejar morir la posibilidad de un cambio, no todavía. Se detuvo y miró a los niños nuevamente. Torció la boca.

16

—¿Y Silver? —preguntó uno de ellos.

—En la celda —respondió Lavinia.

—Ah.

Nada ahí parecía ofrecerle la posibilidad de apuntalar su entusiasmo. Tal vez hubiera sido su imaginación, alguna invención de su mente por falta de entretenimiento. Desde que había dejado las pandillas, se aburría más que nunca. Pero no podía permitirse ese tipo de distracciones nuevamente. Se lo debía a su abuelo.

Ingresó a la cuadra de letrinas de su zona para aliviar la vejiga. Nadie había al interior. El concentrado aroma de los orines fue, en cierto modo, una vuelta a casa. Se sentó en la semioscuridad a reflexionar sobre el pasado y el futuro. Por alguna razón lamentó la soledad del recinto con treinta privados. Le hubiera gustado escuchar una voz, unos pasos, una respiración, lo que fuera.

Cuando llegó a su celda aún no daban las diecinueve horas. Faltaban cinco para el apagón general. Tal vez fuera al café 4, el más próximo, a intentar dar con eso que la tenía tan inquieta. Tendría que pensarlo.

El abuelo realizaba operaciones matemáticas en esa zona de la celda en la que se podía escribir en la tierra con un dedo. Silver dormitaba a un lado de la cama de Lavinia. Levantó la cabeza en cuanto la oyó entrar.

—Anciano... —dijo ella cuando ingresó. Le dio un beso en la frente. A Silver le acarició el lomo.

Fue directamente a la gaveta de la comida. Tomó el bloque de pasta color marrón y le cortó un buen pedazo con la espátula. Se sirvió agua y se sentó en su cama, que no era más que una superficie esponjosa hecha con material fibroso. Ahí dentro no llegaban las corrientes creadas por los ventiladores, la temperatura se incrementaba de inmediato. Pero era toda una vida de tolerarlo. Nadie jamás se quejaba de ello.

Los ojos de Silver no se despegaban de ella.

“Un día más, Lavinia”.

“Sí”.

“¿Quieres conversar?”.

“Al rato que se duerma el abuelo”.

“Está bien”.

El hermoso y enorme felino descansó la cabeza sobre el suelo. Infló el abdomen en un suspiro y dejó escapar el aire de golpe.

—¿Todo en orden, Anciano?

—Más o menos, Catástrofe —confesó el abuelo mientras realizaba una multiplicación de varias cifras.

—¿Por qué?

—Los Domingues. Los de la celda cuatro.

—¿Qué con ellos?

—Yo no sabía. Nadie sabía.

—¿Qué no sabías?

—Que Luis, el padre, se suicidó hace tres jornadas. Se quedaron sin tributación su esposa y la niña. Me hubieran contado...

18 El abuelo borró de un manotazo la operación que realizaba. No quiso continuar. Lavinia se imaginó al roquod yendo por ellos. No era un espectáculo agradable. “Pero así es la vida”, pensó. Ni siquiera estaba segura de haberle permitido al abuelo donar parte de su cuota a la viuda. Dio un gran mordisco a su comida en silencio.

El abuelo dibujó en la pared una letra. Luego otra. Luego otra. Hasta conformar la palabra “**tristes**a”. Miró a Lavinia y ésta le sonrió con melancolía. En un mundo sin letras, era el mayor acto de subversión posible al interior de una celda. Y a Lavinia le encantaba esa complicidad con el abuelo. Nadie que ella conociera sabía leer letras porque, de cualquier modo, no existían; los aparatos diseñados por los lorken no las ocupaban. Y no había modo de plasmarlas en ningún lado, excepto en el polvo.

“Tristeza”, pensó ella.

“Tristeza”, dijo Silver.

“Sí, amigo mío”.

Jorge, el abuelo, suspiró y se echó en su cama, dando la espalda a Lavinia, quien se demoró aún más en su merienda. No quería admitirlo pero ella también se cargaba de pena cuando ocurría algo así. La niña tenía menos de tres miliadas, creía recordar.

En aquellos tiempos de pandillerismo, mucho de lo que la motivaba a entrar en los ventiladores o intentar horadar la tierra o traspasar los lindes de la célula tenía que ver con el abuelo, con esa aflicción que lo acompañaba a todos lados y que parecía pedir a gritos algo más, un cambio, una forma de vida distinta. Y los arrestos y las palizas valían la pena sólo por eso, por la promesa de un cambio.

Se arrojó de espaldas sobre su cama, pensativa.

“¿Quieres charlar?”, dijo el platinado frono en su cabeza.

“No estoy segura”.

Pensó llamar por terminal a alguno de sus amigos, los que no estaban presos o exiliados. Se dio cuenta de que no sabría de qué hablar con nadie.

Se hizo el silencio. Y Lavinia no se permitió buscar reposo hasta que no escuchó a su abuelo roncar. Miró su brazalete: la luz naranja siempre se mantenía encendida indicando que tenía una reserva menor a cinco jornadas. Giró la cabeza y vio la luz verde en el brazalete de su abuelo, señal de una reserva sana, de más de cinco cuotas. Recordó el momento, a sus dos y media miliadas, cuando le implantaron el distintivo en la muñeca, el tiempo justo en el que su supervivencia dependió de tributar y tributar y tributar sin descanso.

Una vida mejor, suspiró en su mente. Apagó el interruptor de la precaria luz interior. Se dispuso a dormir.

“Por cierto, Lavinia...”.

“Dime, amigo”.

“No estabas equivocada”.

“¿De qué hablas?”.

“De esa sensación que te acompañó todo el día”.

Lavinia se incorporó sobre sus codos. A la pálida luz de las lámparas exteriores, las que colgaban de lo alto del túnel, y que se filtraba por la ya vencida puerta de la barraca, pudo distinguir los ojos del felino.

“Perdón por no haberlo hablado contigo, Silver. Sentí que era algo..., no sé, como si te lo hubiera robado durante el sueño”.

“Comprendo”.

“¿Entonces es real?”.

“Sí, pero ocurrirá mañana”.

“¿Cómo puedes saberlo?”.

Ya no hubo respuesta del moteado felino. Pero Lavinia no la echó en falta. Por primera vez en mucho tiempo se durmió con ese sentimiento que, cuando la acometía, la hacía creer que todo, todo valía la pena.

“Esperanza”, pensó Silver para sí. Y ambos se quedaron dormidos. Mucho antes del apagón.